

Una historia de papel periódico

WILLIAM RAMÍREZ TOBÓN

WILLIAM
RAMÍREZ
TOBÓN.

Sociólogo e
historiador,
Director del
Instituto de
Estudios
Políticos y
Relaciones
Internacionales
de la Universi-
dad Nacional de
Colombia.

Si al menos hubiera dicho “nos vamos”, en lugar de “lo siento papá te tienes que ir”. Recorrió el pasillo del avión hasta localizar el número asignado en el pasabordo y mientras se sentaba recordó el tono grave y concluyente de lo que parecía ser una sentencia: “Y lo más pronto posible”.

–Y lo más pronto posible, –dijo el joven de espaldas al padre que sentado en el sillón de la sala, fijó la vista sobre el horizonte abierto por la ventana del apartamento. Afuera estaban las montañas embozadas bajo los grises jirones de las nubes vespertinas. Llovía tanto como en las mañanas, las tardes y las noches de un contumaz invierno que según los boletines meteorológicos podría durar hasta junio. Tendió la mano hacia el arrume de periódicos colocado sobre la mesa de centro, pero la mirada del hijo, ahora de frente, lo detuvo:

–Papá, deja ya los periódicos... ¿me has escuchado?

–Si... que voy a viajar.

–Es algo más que un viaje. Te tienes que ir de Bogotá, de Colombia. Y yo no podré acompañarte.

El viejo desvió la mirada y su brazo cerró la curva iniciada poco antes sobre la mesa de centro. La prensa dice que ya no es el fenómeno del Niño sino de una Niña que no deja de hacer agua sobre la tierra, pensó mientras trataba de darle algún orden al montón de periódicos.

–Pero nos comunicaremos –le dijo el muchacho en voz baja–. Y te haré llegar la prensa. Te la haré llegar con la mayor frecuencia posible.

Se abrochó el cinturón de seguridad y al observar el descenso de las gotas de agua que bañaban la ventanilla del avión, le volvió a la mente el cristal empañado de la ventana del apartamento en ese atardecer de febrero. Contrajo la garganta para reproducir la ronca voz del hijo: “Y te haré llegar la prensa... con la mayor frecuencia posible”. El involuntario gruñido escapado de su boca llamó la atención de la mujer que desde la silla contigua lo miró por unos instantes. Él carraspeó y ladeó la cabeza para mirar hacia afuera.

El carreteo del avión, al salir, deshizo los ápices temblorosos de las gotas de lluvia fijadas sobre la superficie de la ventanilla. De afuera llegaron, envueltos en una breve luminosidad, los destellos húmedos y tristes de una tarde pronta a morir sobre los confines de la pista. El viejo recordó las largas soledades frente al perfil montañoso enmarcado por el amplio ventanal de la sala: el suave manto azul que le cubría en las mañanas; el verde brillante de los mediodías soleados; los grises puestos por el atardecer desde lo alto de las nubes; el certero puntillazo de las noches sin luna al hundir la cordillera como si hubiese dejado de existir de repente. Volvió el rostro hacia adelante, cerró los ojos y puso las palmas de las manos sobre los periódicos doblados encima de las rodillas. No debió dormir más de unos pocos minutos porque aún tenía las manos frescas y abiertas sobre el papel periódico. Buscó las nubes por debajo de las cuales se debía abrir el vértigo de un mundo situado abajo, muy abajo, pero el exterior no era más que un túnel de paredes lechosas. “Y si la admiración por la vecindad de las nubes”, pensó, “¿ya no fuera más que un fútil y lejano prodigio de juventud?”. Revisó las fechas de los periódicos dispuestos de arriba a abajo en un orden de domingo a miércoles para constatar que, como siempre, estaba atrasado en su lectura. Tampoco habían logrado terminar el crucigrama.....

El domingo anterior el hijo no había dormido en el apartamento, pero lo había llamado por teléfono para preguntar qué tan avanzado llevaba el crucigrama. Cotejaron sus respectivos ejemplares:

–Ya tendrás la de “gorrión de Francia”... –dijo el joven.

–Pues claro. Y ya que lo dices no estaría mal poner una de sus canciones.

–La P de Piaf, con la horizontal de “vive en el Himalaya”.

–Sí. El gorrión con el osito Panda. Se oye bonito, ¿verdad? –dijo el viejo con tono sentimental.

–Esa parte de abajo es la más fácil. La parte de arriba, de la derecha, está difícil. Planta umbelífera...

–¿Cómo?

–Planta umbelífera... vertical.

–Ah sí, la que está con la horizontal, voz castrense, ar. Pero es que entonces la palabra no sale...

–Cómo así... esa planta ¿qué es?

Algo malo ocurría. Niño aún, apenas empezó a hablar, el padre dijo: éste me va a salir barítono. Los tonos agudos de su voz, afines por lo general al agrado, descendían con rapidez hacia el bajo profundo cuando empezaba a sentirse molesto. Al crecer, esas variaciones de escala se volvieron permanentes: mientras las más altas subrayaban los estados de ánimo situados entre lo normal y lo gozoso, las más bajas velaban sus frustraciones e impaciencias.

–Ahí cabría zanahoria pero...

Su voz, en picada, se volvió un trémolo cavernoso.

–Bueno, papá, te tengo que dejar, mañana te llamo.

Sólo supo de él tres días después cuando el tono de su voz por el teléfono le ratificó la existencia de algún desastre cotidiano.

Miró su reloj y dedujo que Colombia ya quedaba atrás. Abrió el suplemento de *Aventuras* en cuya página final aparecía el crucigrama. Sacó el bolígrafo para terminarlo pero el movimiento se hizo cada vez más lento y se detuvo, laxo, antes de llegar al papel. “Lo dejaré así, inconcluso, hasta que él vaya a visitarme y entonces lo haremos juntos”, pensó. Hojeó con desánimo los periódicos leyendo a saltos los titulares. “¿Un país de avivatos?”, entre dos resaltados, aludía al posible origen de la cultura mafiosa colombiana. En el subtítulo inferior se destacaban hechos como la “pérdida” en 1998 de “42 mil cobijas en los vuelos internacionales de Avianca; uno de cada dos teléfonos públicos en Bogotá está fuera de servicio por vandalismo; la evasión contra el Instituto de Seguros Sociales es de 1,4 billones de pesos, y el 85% de las entidades oficiales están siendo investigadas. ¿Qué hay detrás de todo esto?”.

Al abrir el diario para avanzar hacia las páginas donde se desarrollaba el informe su brazo invadió el espacio contiguo de la mujer, una joven de boca carnosa y delineada por un lápiz labial oscuro que se esforzaba en hallar, tímida pero impaciente, el punto de conexión del auricular bajo el brazo de la silla. Tras el crujido del pliego de papel al rozar la espalda de la mujer inclinada sobre el piso, recordó la burlona advertencia del hijo en la sala de espera: –Y recuerda que el puesto de la ventanilla depende del tamaño de la próstata.

–Perdón, ¿puedo ayudarle? Se conecta ahí... ¡exacto! –la alentó con amabilidad mientras la miraba, por primera vez, de frente.

Al recostarse de nuevo se arrepintió por no haber elegido el sitio del pasillo: tal vez ya no le maravillaban las nubes y no tenía libertad para desplegar los periódicos. Optó por cerrar el matutino del domingo de modo que al hacerlo le quedó visible la primera del lunes. ¡Hostias, empezó la gira! exclamaba el titular y debajo la fotografía de los dos mandatarios, José María Aznar a la izquierda, Andrés Pastrana a la derecha, el espacio entre ellos ocupado por sus jóvenes hijos, uno del primero, dos del segundo, y detrás del primer plano la comitiva caminando por una de las callejuelas de Córdoba, justo por debajo de un aviso que le llamó la atención: joyería Maimónides. Me suena, me suena, silabeó el viejo hasta recordarlo como

parte de uno de los crucigramas: era un gran sabio español pero de la época de los moros, creo.

El viejo coincidía con el Presidente en el país de destino. Si Pastrana había estado el domingo en Córdoba, ¿dónde estaría hoy? Hurgó bajo el manojo de periódicos mientras miraba de soslayo a la mujer que al encender la luz individual había proyectado sobre el amplio escote de su blusa una refulgente luminaria blanca. Activó, inhibido, su propia lámpara después de desplazar con sigilosa lentitud el brazo hasta el comando situado por encima de la cabeza y desplegó, alentado por la inmóvil silueta de la mujer embebida en la pantalla de televisión, las páginas interiores de la edición del miércoles. Buscó alguna noticia o fotografía del Presidente en la primera, pero no encontró nada. Recorrió uno a uno los cuatro cuerpos de la edición pero el mandatario no aparecía. Al repasar la página editorial encontró, por fin, un comentario donde se decía que en su gira europea el Presidente haría una escala en el norte del África. No lo encontraba porque lo había buscado como noticia, debe estar ahora en Marruecos, reflexionó. Al leer el renglón siguiente, "en un periplo que concluirá el sábado próximo después de una entrevista con el Papa Juan Pablo II en el Vaticano", murmuró: El sábado entrante volverá a ser noticia, entonces. Apagó la luz para dormir un rato.

Cuando la mujer levantó el brazo para apagar la lámpara escuchó, aún sin despertarse del todo, la cercanía de su voz:

–Usted también va a Madrid, me imagino.

Él volteó la cabeza para responderle y se encontró con el nacimiento de unos senos desdibujados en la penumbra entreabierto por los rayos de luz del pasillo. "Como las siluetas de las montañas en las noches de luna", pensó.

–No, yo voy hasta Barcelona. Y usted, ¿va de paseo?

–Sí y no. Es que Colombia me tiene, ¡uff! –su gesto cuando inflaba los cachetes y soplabla después con fuerza hasta agitar el negro flequillo que le cubría la frente.

–Es que allá uno ya no resiste, ¡uff! –recalcó, de cara al viejo volteado con atención hacia la mujer.

A ella le pareció sentir de nuevo el calor del pequeño puerto sobre el río Cauca cuando agobiada por la humedad de la noche, se resistía al llamado de la madre que desde el interior del rancho la conminaba a acostarse. Era sólo una calle de tierra y una docena de casas desde donde se oían los ladridos de los perros, los gritos y las palabrotas de los hombres y las estridencias de los radios.

–Es que adentro no resisto este maldito calor, ¡uff! –protestaba, negándose a entrar.

Ahora, desde el avión, estaba por fin muy arriba y muy lejos de lo que le había parecido infranqueable: El camino del caserío hasta el gran puente de hierro que proyectaba la carretera hacia Medellín y después quién sabe... hacia todas las ciudades con las que uno sueña pero es mejor no decir nada

porque entonces el sueño se daña, mejor dicho no se realiza, comentó la mujer como si hablara para sí misma.

—Tiene usted razón en lo difícil que es todo allá. Basta mirar esto —exclamó el viejo mientras señalaba un titular: “En un solo día. Atracados 17 alumnos del Don Bosco”. Don Bosco es un colegio, explicó, mientras desplazaba el dedo índice en dirección al extremo inferior donde se destacaba una crónica: “Familia que roba unida, permanece unida. La vivienda de los Casallas, leyó en voz alta, tenía el apellido grabado sobre el cemento de la entrada. Su fama estaba respaldada por 40 años en el oficio de desocupar casas. Su lema: Hay que robar de todo porque todo tiene su cliente. Así se formó la segunda generación de la familia que sembró el terror en el occidente de Bogotá. Unos están detenidos y otros están en la mira de las autoridades”.

—Pero fíjese en lo del colegio —se interrumpió, para volver a la noticia inicial: “Bandas de atracadores asaltaron aisladamente a 17 estudiantes del Instituto Técnico Industrial Centro Don Bosco, ubicado en la Avenida Rojas con calle 26. Los atracos ocurrieron el lunes pasado, pero apenas trascendieron ayer cuando los alumnos buscaban armarse con palos para vigilar la salida del colegio. Los ladrones hurtaron desde libros hasta tenis”. —Y mire esto, ¡en el mismo día!—, remató el viejo, pasando a una página interior donde se alertaba a la ciudadanía de la capital sobre un joven “que se hace pasar como lotero, en la carrera 15 entre calles 85 y 100, y que finge que se le caen los billetes para robar a las personas que le ayudan”.

—Pero éstos apenas son robos señor... ¡Si así fuera todo! —exclamó la joven.

El alto tono de su voz sobresaltó al viejo. Con un nervioso movimiento de brazos dobló el periódico y apagó la luz de lectura. La mujer lo miró, divertida:

—Claro que la robadera en Bogotá es terrible, mi querido señor. Lo que yo quería decir es que a veces uno piensa que eso es lo de menos frente a otras cosas...—murmuró, con un gesto de coqueta condescendencia.

—Por cierto, señorita. Está lo de la violencia.

—¡Y cómo lee de bien usted! Parece todo un profesor... —encendió la luz de nuevo y le pidió que le leyera otra noticia.

El viejo se vio ante el ventanal del apartamento cuando esperaba que la luna empezara a emerger tras el lomo de la montaña. A pesar de lo repetido y previsible, era un momento que no dejaba de agobiarlo con el peso de una soledad en la cual cada vez cabía menos el deseo. Ya sólo parecía quedar la fría conciencia del duelo, esa travesía del desierto en la que poco a poco se volvía a reconocer la sed, el hambre y el miedo pero ya sólo como simples reflejos de vida en un horizonte poblado de ojos que no ven y manos que no reciben. Salvo esas ásperas y fugaces ganas de decir y de tocar. Como ahora.

—Bueno, y como le decía está lo de la violencia. Fíjese que ya hasta la exportamos.

Ella lo miró sin comprender. Él pliegó uno de los periódicos y lo puso frente a los ojos de la muchacha en una tácita invitación a la lectura. La joven entrecerró entre sus manos las muñecas del viejo y las movió lenta y suavemente de arriba hacia abajo.

–Ya le he dicho que usted lee muy bien. Me gusta muchísimo oírlo.

Él agachó la cabeza como si examinara, absorto, el texto. Bueno, dijo, es una entrevista con Carlos Castaño, me imagino que usted sabe quién es: “Estamos listos a ir por el ELN hasta Caracas (...) Si el presidente Chávez no está en condiciones de proteger su frontera para que no penetren unos vecinos violentos y si en Caracas se van a refugiar los grandes jefes del ELN, a Caracas llegará la autodefensa. Habrá persecución en caliente”.

–Ésos son los paracos.

–¿Quiénes?

–Los paracos. Así los llamamos en el pueblo.

–¡Ah! los paramilitares...

–Y están también los muchachos, los farianos, o los farcos... sí sabe quiénes son? –apuntó, juguetona.

–Bueno... pues, los guerrilleros, me imagino.

–Claro que los muchachos son todos. Los de la guerrilla, farcos y elenos, son muchachos. Y los paras también. Eso parece un enredo pero es que al final todos son iguales.

Todos son iguales –concluyó el hijo, con su bajo más profundo, dos semanas atrás. Contaba que a pesar de los esfuerzos del equipo de redactores del periódico por mantener el anonimato, tres de ellos habían recibido amenazas de muerte por sus crónicas sobre los crímenes y actos terroristas contra la población civil. Pero lo más curioso y terrible –decía, de espaldas al padre y frente a la ventana como si su interlocutor fuese la montaña–, es que cada una de las amenazas está firmada por un remitente distinto: las autodefensas, las FARC, el ELN.

El hijo daba la impresión de buscar una respuesta en los bancos de nubes que empezaban a montarse sobre el espinazo de la cordillera. Se volteó hasta quedar frente al sillón e inició el primero de los cuatro pasos que acompañaron su ronco final:

–Es como si en esos casos sí se pudieran poner de acuerdo para no dejar a nadie por fuera del castigo.

–Sí, todos son iguales –le respondió el viejo a la mujer ahora en trance de desplegar la mesa auxiliar que la ayudante de vuelo, después de esperar, decidió abrir para servirle la cena.

No habló una sola palabra, aparentemente absorta en lo que iba quedando dentro del plato después de cada bocado. Al terminar de comer se colocó los audífonos, cerró los ojos y se arrellanó en la silla. El viejo retomó el periódico y leyó algunas de las citas destacadas en la entrevista a Carlos Castaño: “También les quitamos platica a las multinacionales. Le dan a la guerrilla tanto que también nos tienen que dar a nosotros. Descubrimos a una que le consignaba a la guerrilla en una isla del Caribe”. “Aunque se muera Castaño las autodefensas no son destruibles. Yo veré a las FARC pidiendo a un Gobierno que negocie con las autodefensas”. “Crecemos tan rápido que me preocupa. Vamos a crecer más cualitativamente con el fin de no ir creando una horda salvaje como pasó con las guerrillas”. Se aprestó a continuar con el texto: “el séquito de Carlos Castaño ha dispuesto sobre una mesa, en pleno monte, tres botellas de agua y un termo. Desde hace

seis kilómetros, por radio, le alertan sobre cada paso"... pero no pudo seguir leyendo. Una pregunta abierta semanas atrás y no resuelta, se abrió paso de improviso: ¿Cuál de las cartas le habría tocado a su hijo?

–¿Qué carta te tocó, entonces? –se atrevió a preguntarle al joven. Pese a estar sentado al frente y tener los ojos fijos sobre los suyos, el viejo supo que no lo estaba mirando. Probó de nuevo.

Que te decían a ti, hombre...

El joven se levantó, caminó en círculo por la sala y volvió a quedar sentado al frente del padre.

–Saben de ti y me lo hacen saber de una manera que no deja dudas. Tú puedes ser una carta negociable para ellos. Por eso te tienes que ir.

Dobló los periódicos, los colocó sobre sus rodillas, extendió hacia atrás el espaldar del asiento, puso la almohadilla bajo la nuca, apagó la luz y se cobijó con la frazada. La mujer de al lado imitó, uno a uno, sus movimientos y desde el rebozo improvisado con una de las esquinas de la cobija, le oyó preguntar :

–¿A usted lo espera alguien en el aeropuerto?

Su tono sonó patético.

–Bueno... sí... un hermano.

–¿Y es que ese hermano vive allá en Barcelona?

La voz, amordazada por las cobijas, parecía ahora frágil e insegura.

El viejo recordó las advertencias de su hijo acerca de la ruta entre Bogotá y Madrid. Esa ruta es un despelote, allí encuentras de todo, putas veteranas y en trance de serlo, mulas que no prueban un bocado porque tienen la barriga a reventar de droga, delincuentes que buscan mejor suerte afuera, estudiantes, muchachas que se van a trabajar de sirvientas y ahora, para completar, exiliados... ¡qué mierda de país, papá!

Él lo consoló. Quizás las cosas podían ser menos graves y no te preocupes pues voy a tener en cuenta todas las precauciones sobre no soltar información, no recibir nada, no dar nada, no descuidarme en ningún momento.

–Él vive en Barcelona, claro. –Iba a explicarle que su hermano estaría en el aeropuerto de Madrid para viajar juntos a Barcelona, dos días después, pero se frenó, confuso.

–Entonces este avión sigue para Barcelona –dijo ella de vuelta a una modulación neutral.

–No, este avión llega hasta Madrid. Allí hay que tomar otro para ir a Barcelona.

La mujer, que había logrado una posición fetal dentro del estrecho espacio de la silla, se aprestaba a dormir con la ayuda suplementaria de una ruana de algodón sacada de su equipaje de mano. Arrebujada casi por completo, de la parte superior de su cabeza sobresalía un trozo de flequillo. Desde el embozo que la cubría, su voz sonó descompuesta:

–¡Ah! ¡Entonces usted va a estar un rato en el aeropuerto!

A la mente del viejo llegó, con sobresalto, la idea de que él la había visto en el aeropuerto de Bogotá. Pero no es que las cosas puedan ser menos graves, sino que de hecho son más graves de lo que parecen, le había dicho el hijo mientras salían del vestíbulo de espera y se dirigían a una de las

cafeterías donde esperaron en silencio la atención del camarero. El viejo se vio a sí mismo observando: gente quieta, unos de pie junto a la barra, otros sentados, todos como si estuviesen impedidos de levantar la voz sobre el decaído nivel de murmullo de la sala. De pronto, un alboroto atrajo la atención sobre la puerta de entrada. Una pareja de jóvenes al mando de varias maletas rodantes chanceaban y se reían antes de hacer una breve pausa para buscar donde sentarse. La imagen, desagregada ya en el avión, le permitió al viejo dejar en primer plano la figura de una joven que al levantar la cabeza e inflar los carrillos, soltaba un vibrante iuff! que agitaba su abundante flequillo de pelo negro.

Sintió que debía encender la lámpara, sacar los periódicos y ponerse a leer pero no pudo moverse. Mientras tanto, la pausa abierta por la pregunta de la joven se prolongaba sin hallar aún como darle respuesta. La quieta suspensión de la aeronave empezó a parecerle el extraño escenario de un evento irreal y ajeno por completo a su vida. Después de un rato que se le hizo intangible logró responderle con una pregunta carente de convicción:

—¿Y a usted no la espera nadie?

Pero no era eso lo que quería decir. Su mente trataba de retomar la imagen del hijo en el aeropuerto en el momento de mostrarle una hoja de papel sobre la que había trazado, con brillantes trazos verdes, dos semicírculos.

—Léelo... saldrá pasado mañana en el periódico.

El padre observó lo que parecía ser el borrador de una noticia de prensa. El primer semicírculo contenía un corto título: "Se exilia periodista por amenaza", seguido de "todo empezó con varias amenazas ambiguas por la vía del bípér hasta que llegó una amenaza concreta de muerte. Luego, al periodista lo abordaron en la calle, le quitaron todos los papeles y le dijeron: "Así como es de fácil desaparecer unos papeles, así mismo lo es desaparecer a una persona". Dentro del segundo resaltado se destacaban dos renglones: "Pero la gota que rebozó la copa sucedió antenoche cuando tres personas rompieron ventanas y varios objetos de la casa del periodista, quien decidió salir inmediatamente del país". El padre lo miró sin comprender.

—Es uno de nuestro equipo, uno de los que recibió amenazas... no se ha ido todavía pero se va pronto. Como ves, la cosa va en serio —aclaró el muchacho.

—¿Cómo? —le oyó decir a la mujer que desde su improvisado saco de dormir levantó la voz.

—Que si a usted no la espera nadie en el aeropuerto... en Madrid —repitió en un susurro. Ella gritó cuatro palabras apenas inteligibles.

—¡Ah, sí!, un primo suyo —se apresuró a apaciguarla mientras encendía, alarmado, las luces correspondientes a las dos sillas.

La mujer se enderezó, sacó la cabeza por la abertura de la ruana, dobló la frazada sobre sus rodillas y cruzó los brazos en una postura de conveniente formalidad. Con voz pausada y tenue le susurró al viejo que, rígido, miraba al frente:

—Usted, señor, illee tan bonito! ¿Por qué no me lee otra cosa de uno de esos periódicos? —Se puso a desdoblar los periódicos con gestos apremiantes. Ella, entretanto, se le acercó con paciente expectativa.

–Bueno... ya que vamos para Europa aquí hay algo sobre lo que los europeos piensan de nosotros.

–¡Fácil! que somos narcos y ladrones –apostó ella.

–No, no es eso, es sobre la violencia guerrillera y sobre la inseguridad y los secuestros, escuche usted –se oyó a sí mismo iniciar la entonación convincente de sus lejanos días de maestro de bachillerato para leer que los países de la Unión Europea habían reclamado de las autoridades colombianas una acción más rigurosa contra el secuestro: “El mensaje se produjo como consecuencia de la muerte del ciudadano francés Claude Steinmetz, fallecido por causas naturales cuando estaba en poder de guerrilleros del ELN, en su mensaje también expresaron su horror por la muerte de los tres defensores de los derechos de los indígenas U'wa, recordaron igualmente la muerte de dos turistas europeos en marzo de 1997, el alemán Alexander Scheuerer y el austriaco Johann Kehrer, secuestrados presumiblemente por las FARC” ...en fin, ya ve usted, señorita, que no es solamente la fama que ya traíamos de narcos y ladrones.

–¡Uff!, encima de todo eso, los secuestros... pero ¿es que usted no vio en la televisión, anoche, lo del secuestro de ese santo?

Sin esperar respuesta los labios de la mujer comenzaron a moverse como dos sinuosas orillas de carne húmeda entre las que surcaba la inquieta punta de su lengua: pues que unos maestros de Mompós, creo, se vistieron de nazarenos y entraron por la mañana a un museo que es como una iglesia, porque también es sagrado y secuestraron a Nuestro Señor de la Columna y no lo sueltan hasta que el gobierno les pague los sueldos que les debe desde hace como cinco meses, creo, ¡uff! eso sí ya es demasiado, pero de todas maneras como se veía de bonito ese pueblo por la tele, concluyó.

El viejo dobló los periódicos y los guardó dentro de la red pegada sobre el espaldar del asiento delantero. Apagó las dos luces individuales, se recostó sobre la silla, cerró los ojos y dejó que las imágenes se volvieran palabras.

–Ese es Santa Cruz de Mompós, señorita, mire usted qué coincidencia, la Ciudad Antigua de mi infancia, isla colonial envuelta por dos brazos del río Magdalena, puerto de champanes conducidos por bogas hasta mediados del siglo XIX cuando las aguas deciden cambiar de curso, con un escudo de armas donado por el rey Felipe II de España en el cual se pueden ver la cruz latina de sable, la palmera de sinoble, las aguas del río con un champán flotando, y una mujer con un perro echado a sus pies cambiado después por un león, puerto de aguas ávidas y entrometidas que obligó a construir múltiples obras de protección como las albarradas y los muros de contención –le explicó con las viejas palabras entonadas en el colegio para exaltar en sus alumnos la admiración por el terruño.

Sintió a la mujer, de quien sólo retenía la imagen de una boca vuelta hacia él con sus labios de río, húmedos y oscuros, como el providencial retorno a un pasado pleno de entrañables lugares. Calles y callejones como la Albarrada de los Portales de la Marquesa, la Albarrada del Astillero, el callejón de los Troncos o el de la Mierda, el del Peligro, del Culeadero, de los Muertos, o de la Faltriquera. Vías que invocaban santos y personajes españoles o rememoraban equívocos sucesos y traviesas anécdotas, pero que él

y los amigos de juventud mezclaban con sorprendentes resultados de fantasía e irreverencia hacia el mundo de los mayores. Recordó algunas de las viejas fabulaciones e inventó otras estimulado por la mujer que con la cabeza reclinada sobre su hombro se sofocaba en una risa apenas contenida. La fábula de la calle Albarrada de las Ceibas con el callejón del Culeadero, por ejemplo, o la de Santa Gertrudis con el de los Jorobados, donde al juntar sus deformidades y caminar sobre manos y pies armaban una delirante montura que conducía a la santa por peregrinajes nada edificantes en otras calles y callejones. Lugares que fueron cambiando de sentido cuando las travesuras e irrespetos hacia los íconos de los mayores se transformaron en las tentaciones propias de un mundo cada vez más cercano y menos misterioso. Entonces la Plaza del Tamarindo ya era el lugar donde las caricias podían volverse indelebles marcas de fuego sobre la piel joven –estaba diciendo cuando sintió que la cabeza de la mujer, recostada sobre su hombro, empezó a deslizarse hasta quedar en reposo sobre su antebrazo.

Se había dormido y él, inmóvil para no perturbar su sueño, volvió a cerrar los ojos. Sobre el oscuro telón de fondo de los párpados empezó a dibujarse la esquina de la calle del embarcadero desde donde, una vez terminada la jornada escolar, observaba la llegada de la última barcaza de la tarde. Se veía allí, mas no sólo como recuerdo, sino como una retroactiva pero real presencia en la que se fundían rasgos de la juventud pasada con los de su vejez actual, todo ello en una imponente quietud que era la misma del avión pero también la de un tiempo suspendido fuera del hoy y del mañana, sin procedencia ni destino. Sobre la plataforma del embarcadero, bajo el húmedo y abrazador calor de la tarde, empezaron a saltar los pasajeros. Desde la ambivalente somnolencia que lo hacía sentirse dormido y despierto al mismo tiempo, la imagen de uno de ellos empezó a proyectarse en una escala que al ganar tamaño terminó por quedar al frente suyo, cercana y remota a la vez. Era una joven que estiró los brazos, infló los carrillos y soltó el aire con un inaudible iuff! que agitó el flequillo de su abundante pelo negro.

Mujer remendada

